

García Cantú, Gastón. *Las invasiones norteamericanas en México*, México, Ed. ERA, Serie Popular, N° 13, 1971.

Las invasiones norteamericanas en México destaca una vez más el carácter de historiador e investigador —dedicado, consciente y fructífero— de Gastón García Cantú. El tema principal del estudio es la invasión norteamericana de 1847, a la cual subordina el examen de las intervenciones anteriores y posteriores que ha soportado México, demostrando que la intervención es un proceso que puede caracterizarse para contribuir a un entendimiento más exacto de nuestra historia nacional.

Desde el punto de vista de las relaciones de México con el exterior, principalmente con los Estados Unidos de Norteamérica, no es posible comprender la complejidad histórica nacional si no se atienden las distintas circunstancias en que se desarrollaron las agresiones norteamericanas a nuestro país, las causas de las mismas y las formas que asumieron. Con sus agresiones, Estados Unidos inició la dominación que más tarde le permitiría convertirse en el país imperialista más potente del mundo por medio de la hegemonía económica. Las agresiones han sido una constante en la política de quienes formaron y dirigieron a la nación norteamericana desde sus orígenes. La intervención violenta, traducida en la penetración, la invasión y ocupación del territorio mexicano —rico, virgen, inexplorado— ha sido por mucho tiempo el medio para satisfacer la ambición y la codicia de los Estados Unidos.

El autor explica el desarrollo de la nación norteamericana en virtud de su "destino manifiesto", cuyo propósito final era el enriquecimiento. La analogía que utiliza —del joven Jonathan, gigantesco, fornido— es rica en contenido, pues significa la imagen viva de las ambiciones, los sueños, los ideales que se realizaban día con día en el pueblo norteamericano. Al respecto, el historiador Toynbee apuntó: los Estados Unidos no son un pueblo militarizado, pero sí una sociedad de soldados. Los presidentes Jackson y Polk nunca tuvieron dificultades para disponer de voluntarios en sus invasiones.

Gastón García Cantú continúa con la descripción de "las ideas reinantes" y la política seguida por los dos países en pugna para afirmar y lograr sus intereses y valora los hechos concomitantes de la intervención en México. Demuestra de una manera específica que no es posible entender el fenómeno de la invasión norteamericana y el consiguiente despojo territorial, si no se atiende a la historia política de los dos países. El desarrollo de ambos y su estudio paralelo permite establecer que los líderes norteamericanos sabían del pasado histórico de los mexicanos, y que transmitieron ese conocimiento rápidamente a la opinión pública de su país con el propósito de dar a sus compatriotas una imagen de lo que podía ser suyo, para que se lo apropiaran. La riqueza de Moctezuma y de los virreyes españoles era una atracción constante para los norteamericanos, y constituía la posible meta para su espíritu aventurero —valor que merecía altísimas con-

sideraciones en su tiempo. Con estas perspectivas, cómo no iban los norteamericanos a anhelar la riqueza, las tierras vírgenes, cómo no iban a seguir a una directiva que los estimulaba al pillaje y la aventura, cómo no iban a aprovechar su posición que poco a poco obtenían a expensas de la incipiente nación mexicana; aparentemente primitiva, cargada todavía por las cadenas del colonialismo, soportando la enajenación de patrones culturales que impedían el cambio y fomentaban la dependencia y el egoísmo. Las intrigas de los jefes militares y políticos mexicanos contribuyeron de manera directa e indirecta a posibilitar las intervenciones —constantes, aunque de diferente naturaleza—, como se puede apreciar en la cronología escueta de los hechos. Las pequeñas invasiones territoriales coinciden con el desprecio y despreocupación que los gobiernos españoles y los mexicanos tuvieron hacia el territorio norte; desdeñaron su valor y no quisieron creer en la fuerza norteamericana, ni le dieron importancia al pillaje, a las transacciones comerciales desventajosas —no pocas veces amparadas por los propios políticos mexicanos—, para quienes lo único importante era el poder, la riqueza y el reconocimiento individual, y que en lugar de percatarse de las terribles amenazas, de las constantes protestas de los habitantes del norte de la República, se limitaban a ordenar su investigación. Los vecinos norteamericanos hicieron sus agresiones cada vez más constantes. Los mexicanos no pudieron contener el desastre de 1836; la invasión de 1847, que culminó con un tratado de paz por medio del cual se despojó a México de la mitad de su territorio.

Gastón García Cantú sabe quién es cada uno de los participantes de esta historia, habla de ellos, los relaciona, coloca a cada quien en su lugar, en fin, da testimonio de su actuación utilizando los escritos en donde analizaron los hechos, cotejando la visión e interpretación de los diversos autores. Aprovecha esos textos para desencadenar una serie de explicaciones basadas en la teoría económica marxista; de ellas se colige que con las invasiones a México se agudizan las luchas internas de las clases sociales. En el proceso histórico es fácil distinguir la posición política de los políticos —representantes de las distintas clases, atendiendo a sus doctrinas, que los definen como conservadores y liberales. Los conservadores se instalaban cómodamente en el devenir histórico para recibir beneficios circunstanciales; los liberales pugnan por destruir el sistema servil y construir un sistema independiente de tendencia nacionalista y esencialmente justo.

En el trabajo de García Cantú se advierte lo difícil que es colocar a muchos ideólogos calificados de conservadores en el rubro de los conservadores ortodoxos; en la realidad, según muestran diversos testimonios, eran incansables luchadores en favor de un nacionalismo que iba más allá de sus propias conveniencias. También es fácil advertir cómo algunos liberales se equivocaron en cuanto a su modo de ver las intervenciones, sin que por ello dejen de tener lugar destacado en el pensamiento liberal mexicano. La historia, vista como compromiso

científico y social, enseña que cada uno de los hombres que lucharon en la formación de una nacionalidad, tienen su lugar propio, y no es posible forjar héroes y villanos por el simple prurito de la calificación arbitraria de los que han hecho la historia con el compromiso de la ideología predominante. Los pensadores políticos vivieron un momento decisivo durante las invasiones extranjeras y su acción política correspondió, en la mayoría de los casos, a sus intereses peculiares en la sociedad mexicana del momento.

Cuando Santa Anna o Porfirio Díaz estuvieron en el poder, la Iglesia y la burguesía decidieron el destino de las mayorías del país, que tuvieron que soportar sus vejaciones. Cuando Juárez estuvo en el poder, los mexicanos se resistieron a cumplir con "otro destino manifiesto". De todas formas, muchos mexicanos —independientemente de su posición política o clase social— tuvieron una visión exacta de lo que acontecía, pero no siempre contaron con el poder suficiente para practicar las soluciones necesarias para detener los avances intervencionistas. Nada más fácil para comprobar las anteriores afirmaciones que revisar las tesis de los gobernantes, de los gobernados, y establecer la contradicción con los hechos.

El autor hace hincapié en los distintos puntos de vista sobre la guerra de conquista; el sentido económico predomina, en él convergen todas las clases sociales. Señala que la burguesía norteamericana fue la que acumuló más rápidamente la riqueza; los diferentes tipos de intervención que podemos advertir corresponden a formas distintas de las relaciones de producción de las cuales surgió una ideología de conquista; la consigna: dar salida a la producción; conseguirla a cualquier precio por los medios necesarios. La historia contemporánea esclarece "en qué medida el imperialismo se apoya en las burguesías nativas y cuánto depende su sistema del poder político ejercido contra la soberanía nacional y el desarrollo autónomo del país, sujeto a sus inversiones o explotación exhaustiva de sus recursos naturales". Con esa ayuda, el imperialismo norteamericano se ha desbordado en América Latina; conoce el mecanismo de sus burguesías, lo indeciso, lo inestable de su posición; sabe que su juego es cambiar radicalmente de posición cuando la situación lo amerite; algunas veces fungirá como aliado y otras como el peor enemigo.

Distintas formas ha asumido la intervención norteamericana en México durante y después de la Revolución de 1910: la persistencia en las amenazas diplomáticas; las sanciones económicas; la inversión económica disfrazada, que persite hasta la fecha y que coloca a los Estados Unidos en una posición ventajosa en las decisiones políticas —veladas en nuestro país y abiertas en los organismos internacionales—, situaciones todas que han favorecido el sentimiento nacionalista que ayuda a definir el carácter del mexicano, el cual difícilmente podrá fundirse con el norteamericano.

Susana Hernández Michel

Lidsky, Paul. *Los escritores contra la Comuna*, traducción: Aurelio Garzón del Camino, México, Siglo XXI Editores, S. A. 1971, Ensayo.

I. Cómo explicar la actitud hostil de los escritores ante la Comuna de París

Frente al acontecimiento histórico brusco que es una revolución, movimiento de violencia que subvierte toda la organización social, el escritor no puede permanecer impasible, por indiferente que sea a las cuestiones políticas.

Se ve incluso impulsado a reaccionar por un doble título:

En tanto que hombre ligado a una clase determinada, ya sea por su nacimiento, por su modo de vida o por sus opciones políticas y sociales.

En tanto que artista, la medida en que la concepción que se hace de su arte se halla ligada a cierto estado de la sociedad y supone una organización social determinada, en la medida también en que los valores defendidos por el movimiento revolucionario entran en contradicción con sus propios valores o, por el contrario, son susceptibles de desarrollarlos.

Ante la brusca sacudida que representa la Comuna de París de marzo de 1871, casi todos los escritores reaccionan, y su reacción es casi unánime.

Con la excepción de Vallès, de Rimbaud, de Verlaine, de Villiers de L'Isle-Adam que simpatizan en mayor o menor medida con la Comuna, de Víctor Hugo, que adopta una actitud de neutralidad durante el acontecimiento, y que luego condena severamente a los versalleses a la hora de la represión, todos los demás escritores notables toman posición abiertamente contra la Comuna, los unos de manera moderada, y la mayoría con una virulencia que hoy nos sorprende.

Esta casi unanimidad nos lleva a interrogarnos sobre los escritores de esa época, sobre sus ideas y sus convicciones políticas y literarias.

Es de la revolución de 1848 de donde hay que partir para comprender a los escritores de esa época. En este periodo, surge un movimiento general de entusiasmo que arrastra a los escritores; sin embargo, transportaban con frecuencia su idealismo a la arena política, creyendo que basta ir a las masas y decirles la verdad para que ésta aparezca luminosa y reine un gobierno de lo bello, de lo verdadero y de lo justo.

Esta constatación con las masas y la acción está llena de decepciones, ya que existe un desapego y una incompreensión mutuas entre el artista y el pueblo. El escritor va a sacar lecciones de triste experiencia. El periodo de la acción política directa, de los discursos en el foro ha terminado. El artista se repliega sobre sí mismo y se dispone a consagrarse en adelante a su arte exclusivamente.

Pero, al margen mismo de sus fracasos políticos, muchos escritores quedan pronto asustados por el movi-